

Marta y María

trabajo y adoración

...María... sentándose a los pies de Jesús, oía su palabra. Pero Marta se preocupaba con muchos quehaceres. Lucas 10.39-40

En este capítulo conoceremos a dos mujeres extraordinarias: Marta y María. Las consideraremos juntas porque así es como la Escritura las presenta constantemente. Vivían con su hermano, Lázaro, en la pequeña aldea de Betania. Tanto Lucas como Juan cuentan que Jesús disfrutaba de la hospitalidad de esta familia.

Marta y María conforman un dúo fascinante, muy diferentes en muchos aspectos, pero idénticas en un asunto esencial: ambas amaban a Cristo.

Era el centro de la mayor expectación para cada una de las mujeres sobresalientes del Antiguo Testamento y fue inmensamente amado por las principales mujeres del Nuevo Testamento. Marta y María de Betania son ejemplos clásicos. Se convirtieron en apreciadas amigas personales de Jesús durante el ministerio terrenal del Señor. Más aún, Él tenía un amor muy profundo por esa familia.

El apóstol Juan, que era un observador agudo de qué y a quién Jesús amaba, lo puntualiza diciendo que **«amaba Jesús a Marta, a su hermana y a Lázaro» (Juan 11.5).**

El hecho de que Jesús con frecuencia cultivara tales amistades nos muestra el tipo de hombre que era. Esto ayuda, además, a explicar cómo se las arreglaba para ejercer un ministerio en Judea, sin transformarse en un indigente y desamparado a pesar de no tener una casa exclusivamente para Él.



(Mas el hijo del Hombre no tiene dónde recostar su cabeza Mateo 8.20). Aparentemente, personas como Marta y María lo acogían con regularidad en sus hogares y familias, y Él se sentía como en casa entre sus amigos.

Todo lo que sabemos de la Escritura es que eran tres hermanos que vivían juntos, y no hay mención acerca de que alguno estuviera casado. Jesús siempre los trató de la manera que lo haría un hermano mayor y

muchos de los principios que les enseñó eran lecciones extremadamente prácticas para personas jóvenes entrando en la madurez. Algunas de esas lecciones tienen especial importancia en los episodios que examinaremos en este capítulo.

- Tres instantáneas de Marta y María,
- María la verdadera adoradora,
- Marta la sierva devota.

Y nos concentraremos también en las tres lecciones prácticas

- Preferencias por los demás
- Adoración sobre servicio.
- Fe sobre las obras.

1. Tres instantáneas de Marta y María.

La Escritura da tres significativos relatos de la interacción de Jesús con esta familia. Primero, **Lucas 10.38-42** describe un pequeño conflicto entre Marta y María sobre cómo es mejor demostrar la devoción a Cristo.

Un segundo vistazo más cercano, a la vida de estas dos mujeres lo encontramos en Juan 11. Prácticamente todo el capítulo, está dedicado a la descripción de cómo su hermano Lázaro muere y es traído de regreso a la vida por Cristo. El trato personal de Jesús con Marta y María en esta escena pone de relieve sus características individuales. Juan da una descripción muy detallada y conmovedora de la tristeza de las hermanas por su pérdida, cómo Jesús las ministró en su dolor, cómo se conmovió con ellas en un modo profundo y personal y cómo levantó gloriosamente a Lázaro de la muerte en el funeral. Más que ningún otro acto de Jesús, ese milagro dramático y público, fue lo que finalmente selló la determinación de los líderes judíos de enviarlo a la muerte, porque sabían que si Él podía levantar a los muertos, la gente lo seguiría y los dirigentes perderían su base de poder (**Juan 11.45-57**). se negaron a considerar que su poder para dar vida era prueba de que era exactamente quien decía ser: el Hijo de Dios.

Marta y María parecen haber comprendido que Él mismo se había puesto en peligro al traer a su hermano de regreso a la vida. En efecto, toda la profunda gratitud y



comprensión de María se revela en el tercer y último relato donde ambas mujeres aparecen juntas una vez más. En **Juan 12 (el relato paralelo está en Mateo 26.6-13 y Marcos 14.3-9)** se cuenta cómo María ungió los pies de Jesús con un costoso ungüento y se los secó con sus cabellos.

María, en algún sentido, entendió que estaba ungiendo a Jesús para su entierro. Debe haber supuesto que la resurrección de su hermano generaría en los enemigos de Jesús un ardiente odio y que ellos determinarían condenarlo a muerte (**Juan 11.53-54**). El mismo Jesús se había marchado a la relativa seguridad de la ciudad de Efraín inmediatamente después de la resurrección de Lázaro, pero la Pascua lo trajo de regreso a Jerusalén (**vv. 55-56**). María, y probablemente también Marta, parecía comprender mejor que nadie cuán inminente era la amenaza contra Jesús. Seguramente intensificaron su sentido del deber y gratitud hacia Él, como se refleja en el acto de adoración de María.

2. María, la verdadera adoradora.



De acuerdo con Mateo y Marcos, el ungimiento de los pies de Jesús que hizo María tuvo lugar en la casa de «Simón, el leproso». Por supuesto, una persona con lepra no habría sido capaz de atender a un grupo como éste, mucho menos en su propia casa. Los leprosos eran considerados ceremonialmente impuros, por lo que debían mantenerse alejados de las áreas populosas (**Levítico 13.45-46**), de modo que el apodo de Simón debe significar que él era un ex leproso. Puesto que las Escrituras dicen que Jesús sanaba a todos los que venían a Él (**Lucas 6.19**), probablemente Simón era uno de aquellos a quienes Jesús había sanado de la lepra. (El mismo incidente se describe en **Lucas 5.12-15**).

Simón debe haber sido un hombre acomodado. Con todos los discípulos presentes, ésta fue, probablemente, una gran fiesta. Es probable que

Simón haya sido un hombre soltero, porque Marta parece estar actuando como anfitriona en esta reunión. Lo más probable es que Simón era un amigo de la familia y ella ayudaba a servir. También Lázaro estaba presente (**Juan 12.2**), lo que demuestra que los reunidos eran un grupo íntimo de los amigos de Jesús y de sus discípulos. Quizás haya sido la celebración oficial por el retorno de Lázaro de la muerte. En tal caso, este grupo de amigos habría venido principalmente para expresar su gratitud a Jesús por lo que había hecho.

María sabía exactamente cómo mostrar su gratitud. Su acción ungiendo a Jesús fue increíblemente similar a otro hecho a comienzos del ministerio de Jesús (**Lucas 7.36-50**). En un grupo distinto, en la casa de un hombre diferente, un fariseo (quien por pura coincidencia también se llamaba Simón), una mujer «que era pecadora» (**v.37**), al parecer una prostituta arrepentida (**v.39**) había ungido los pies de Jesús y los había secado con sus cabellos exactamente como cuenta Juan 12 que lo hizo María.

Con toda probabilidad, Marta y María conocían bien ese primer incidente. Conocían la lección que Jesús enseñó en esa oportunidad: **«Sus muchos pecados le son perdonados, porque amó mucho» (Lucas 7.47)**. María podría haber recordado este hecho y repetirlo, esto significaba lo mucho que ella amaba a Jesús y cuán supremamente agradecida estaba de Él.

Tanto Mateo como Marcos, indican que Jesús aceptó con muy buena disposición esta expresión de adoración, que fue la que finalmente selló la decisión de Judas de

traicionar a Cristo. Según Juan, Judas se resintió por lo que consideró un «derroche», pero su resentimiento no era otra cosa que su avaricia. Era él quien realmente robaba dinero de los recursos de los discípulos (**Juan 12.4-6**).

La resurrección de su hermano fue lo que encendió la mecha del complot entre los líderes judíos que terminó con la muerte de Jesús. La generosa expresión de gratitud de María puso a Judas definitivamente en acción.

Aquí un cuadro comparativo de las dos ocasiones que nombra la Biblia sobre el derramamiento del perfume.

DIFERENCIAS DE LOS DOS CASOS	
María hermana de Lázaro Juan, 12: 1 Mateo 26: 6 Marcos 14: 3 <ul style="list-style-type: none">* Simón el leproso* Lugar: Betania sur de Jerusalén* En la casa de Marta y María* Tiempo: Cerca del día de la muerte de Jesús.* María es criticada por derramar el unguento.* Sus anfitriones son sus amigos y le reconocen como ungido.* Los discípulos son quienes se molestan por el derroche del unguento.* Jesús defiende a María.* Jesús liga esta acción con su sepultura.* Los judíos de la ciudad tratan con dignidad a esta	María (pecadora) Lucas 7:36 al 50 * Simón el fariseo <ul style="list-style-type: none">* Lugar: capernaum al norte de Jerusalén* En la casa de Simón el fariseo* Tiempo: al inicio del ministerio de Jesús.* Jesús es criticado por dejarse tocar de una pecadora.* Su anfitrión es hostil y duda de su deidad.* Ninguno se molesta por el derroche del unguento.* Jesús perdona a la mujer, no la defiende* Jesús liga esta acción con el pecado de ella y el de Simón.* La mujer era una pecadora pública a los ojos de los judíos de la ciudad y repudiada.

3. Marta, la sierva devota.

Lucas escribe: (**Lucas 10.38-42**). Leer el pasaje

Marta parece ser la mayor de las dos hermanas. La descripción que Lucas hace de su conducta, es una de las cosas que apoya la idea de que estos tres hermanos, eran adultos jóvenes. La queja de Marta suena inmadura y propia de una joven. La réplica de Jesús, aunque encerrando una suave crítica, tiene un tono casi paternal.

Al parecer, Jesús estaba allí por invitación de Marta. Ella le dio la bienvenida, lo que significa que era la verdadera maestra de ceremonia en la casa. En esta ocasión al menos, no estaba meramente cumpliendo el rol de anfitriona suplente de un amigo; era

ella quien estaba plenamente a cargo de la casa.



En **Lucas 7.36-50**, cuando Jesús visitó el hogar de Simón el fariseo (cuando tuvo lugar el primer ungimiento de sus pies), Él estaba claramente bajo la mirada de sus críticos. En esa ocasión, la hospitalidad

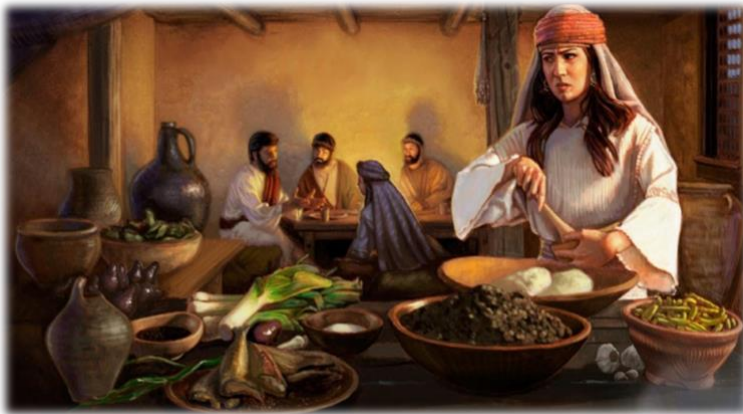
era notoriamente escasa. Simón no le ofreció agua a Jesús para lavarse los pies ni tampoco lo saludó de forma apropiada (**Lucas 7.44-46**), dos grandes desaires en esa cultura.

El lavado de los pies a los huéspedes, costumbre del primer siglo en Medio Oriente, equivalía a ofrecerse para recibir el abrigo del recién llegado (**Juan 13.1-7**). No hacerlo podía interpretarse como que usted quería que el huésped se fuera rápidamente. Y omitir el saludo formal era como declararlo enemigo.

En justicia, Marta, estaba en el extremo opuesto de Simón, el fariseo. Ella se quejaba continuamente por sus deberes de anfitriona. Deseaba que todo estuviera perfecto. Sus rasgos admirables eran su esmero y dedicación como dueña de casa, por lo que su conducta tenía mucho de admirar.

Me encanta la forma como Jesús entra en esta escena. Él era el perfecto invitado. Instantáneamente se sintió en casa. Disfrutó la amistad y la conversación y, como siempre, su contribución al debate fue instructiva y esclarecedora. Sin duda, sus discípulos estaban interrogándolo, y Él estaba dando respuesta con pensamientos provocadores, con autoridad y del todo edificantes. El instinto de María fue sentarse a sus pies para escuchar. Marta, siempre melindrosa, fue a trabajar en los preparativos.

Conflicto entre hermanas



Pronto, sin embargo, Marta, se sintió más y más molesta con María. En realidad, se quejó a Él y le pidió que interviniera y pusiera a María en su lugar.

La respuesta de Jesús debe haberla sobresaltado en gran medida. No parece que se le haya ocurrido que era ella la que estaba equivocada, pero la pequeña escena **le atrajo la más gentil de las amonestaciones**. El relato de Lucas termina allí, por lo que

nosotros podemos concluir que este mensaje penetró directamente en el corazón de Marta, y tuvo el exacto efecto santificador que las palabras de Cristo siempre tenían sobre quienes le amaban.

En realidad, en el último incidente relatado en Juan 12, donde María unge los pies del Señor, Marta otra vez está cumpliendo la función de servidora. Pero esta vez el de pensamientos equivocados era Judas (**Juan 12.4-5**). Aparentemente, Judas creó una lamentación general contra la extravagancia de María, y se las arregló para levantar algunas expresiones de indignación de los demás discípulos (**Mateo 26.8**). Pero Marta parece haberse controlado esta vez pues no hay indicios de que se haya resentido por la devoción de María a Cristo. Creo que ella lo amaba tanto como María. Él, por cierto, las amaba a ambas con el mayor afecto (**Juan 11.5**). De la amonestación de Jesús a Marta surgen algunas importantes lecciones.

1. Lección sobre la preferencia por los demás

La gentil reprensión de Jesús a Marta es ante todo un recordatorio de que debemos honrar a los demás por sobre nosotros mismos. En otra parte, la Escritura dice:

«Amaos los unos a los otros con amor fraternal; en cuanto a honra, prefiriéndoos los unos a los otros» (Romanos 12.10).

«Igualmente, jóvenes, estad sujetos a los ancianos; y todos, sumisos unos a otros, revestíos de humildad; porque: Dios resiste a los soberbios, Y da gracia a los humildes» (1 de Pedro 5.5).

«Nada hagáis por contienda o por vanagloria; antes bien con humildad, estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo; no mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los otros» (Filipenses 2.3-4).

La humildad ha sido un tema constante en las enseñanzas de Jesús, y una lección difícil de aprender por la mayoría de sus discípulos. Incluso la noche de la traición cada discípulo había ignorado la hospitalidad básica que consiste en una función servicial y en lavar los pies de los demás (Juan 13.1-7).



En el relato de Lucas 10, la conducta externa de Marta aparece como verdadero espíritu de servicio. Ella fue la que se puso el delantal y fue a trabajar en la tarea de servir a los demás. Pero su trato a María pronto reveló un serio defecto en su corazón de sierva. Era censuradora y de lengua afilada. Sus palabras frente a otros invitados tenían como propósito ciertamente humillar a María. O bien Marta no pensó en el efecto hiriente de sus palabras a su hermana, o simplemente no le dio importancia.

Pero Marta estaba equivocada en su juicio sobre María. Asumió que María estaba flojeando. «¿Tú quién eres, que juzgas al criado ajeno? Para su propio señor está en pie, o cae; pero estará firme, porque poderoso es el Señor para hacerle estar firme» (Romanos 14.4). ¿Crearía Marta que ella, más que Jesús, era el verdadero maestro de María? Jesús sabía esto, aun cuando ningún mortal, podría hacer ese juicio observando la conducta externa de ambas mujeres. Pero Jesús lo sabía porque Él conocía el corazón de las dos hermanas. La conducta de Marta nos muestra cómo el orgullo humano, sutil y lleno de pecado, puede corromper aún la mejor de las acciones.

Lo que Marta estaba haciendo no era de ningún modo algo malo. Ella estaba atendiendo a Jesús y a los otros invitados. En un sentido muy práctico y funcional, actuaba como sirvienta en todo, tal como Jesús lo había ordenado tan a menudo. Sin duda comenzó con el mejor de los motivos y las más nobles intenciones.

Pero en el momento en que dejó de escuchar a Jesús, e hizo que otra cosa y no Él, fuera el foco de su corazón y su atención, su perspectiva pasó a ser extremadamente egocéntrica. En ese punto, incluso su servicio a Jesús se contaminó con su enfrascamiento en sí misma y se estropeó por una seria falta de caridad para asumir lo mejor de su hermana.

Estaba mostrando una actitud de orgullo pecaminoso que la hacía susceptible también a varios tipos de males: ira, resentimiento, celos, desconfianza, espíritu crítico, enjuiciamiento y falta de bondad. Todo esto estalló en Marta en cuestión de minutos. Lo peor de todo es que sus palabras impugnaban al Señor mismo. «Señor, ¿no te da cuidado que...» ¿Realmente se habrá imaginado ella que a Él no le importaba? No hay duda que lo sabía muy bien. El amor de Jesús por los tres miembros de esta familia era obvio (Juan 11.5).

Pero los pensamientos y los sentimientos de Marta estaban demasiado centrados en ella misma.

Por eso también, cayó en una trampa religiosa muy común descrita por Pablo en su carta a los corintios: **«Porque no nos atrevemos a contarnos ni a compararnos con algunos que se alaban a sí mismos; pero ellos, midiéndose a sí mismos por sí mismos, y comparándose consigo mismos, no son juiciosos» (2 Corintios 10.12)**. Ella dejó de poner su atención en Cristo y comenzó a observar a su hermana con ojos críticos. Naturalmente, esto comenzó a arruinarle toda la velada.

María en cambio, estaba tan pendiente de los pensamientos de Jesús que llegó a olvidarse completamente de los demás. Se sentó a sus pies y le escuchó atentamente, reteniendo cada una de sus palabras y matices. De ninguna manera estaba inactiva. Simplemente comprendió la verdadera importancia de esta ocasión. El Hijo de Dios mismo era un huésped en su hogar. Escucharle y adorarlo era, en ese momento, el mejor uso para las energías de María y la única acción correcta para focalizar la atención.

Una cosa que sobresale en María de Betania es su aguda habilidad para observar y comprender el corazón de Cristo. Su temperamento parecía naturalmente más contemplativo que el de Marta. En **Lucas 10**, ella desea escuchar atentamente a Jesús, mientras Marta trabaja aceleradamente haciendo los preparativos para servir la comida. En **Juan 11**, cuando Jesús llega después que Lázaro ya ha muerto, Marta sale de la casa a recibirlo, pero María permanece adentro, sumida en su pena (**Juan 11.20**). Estaba absorta, como de costumbre, en profundos pensamientos.

La gente como María no es dada a impulsos repentinos o actividades superficiales. Sin embargo, mientras Jesús tenía que inducir una confesión de fe en Marta (**vv.23-27**), y aun cuando esta fuera muy vacilante (**v.39**), María simplemente cayó a los pies de Jesús en adoración (**v.32**).

María parecía ser capaz de discernir la verdadera intención de Jesús, incluso mejor que cualquiera de los doce discípulos. Su gesto de unguimiento de Él en preparación de su muerte a comienzos de la última semana en Jerusalén muestra una comprensión madura notable.

Ese era el fruto de su buena voluntad para permanecer sentada, escuchar y reflexionar. Fue la misma actitud que siempre había tenido María la que alteró a Marta, cuya primera inclinación era actuar o reaccionar. (En ese sentido, Marta tenía mucho en común con Pedro.)

Si Marta hubiera verdaderamente preferido a María por sobre sí misma, habría visto en ella una honda comprensión y amor por Cristo que la sobrepasaba. Podría haber aprendido mucho de su quieta y pensativa hermana. Pero no en ese momento. Marta tenía que poner la mesa, sacar la comida del horno, y «muchas» cosas más que la «afanaban y turbaban» (**Lucas 10.41**). Antes que se diera cuenta, su resentimiento contra María se hizo presente, y no pudo ya controlarlo. Su crítica pública a María fue una fea expresión de orgullo.

*Cuando nos planteamos
tareas tan grandes que no
podemos cumplir solos,
tenemos la tendencia a
querer meter a los demás en
nuestros planes personales; y
al no recibir la respuesta que
buscamos, los confrontamos,
los herimos y muchas veces los
maltratamos.*



Consejos para evitar el afán

Es un error llenarse de ansiedad por las cosas esenciales de la vida, por tratar de cambiar lo imposible, por lo que pensamos que pueda ocurrir mañana.

Lecciones que podemos aprender

Evite planificar metas que vayan más allá de sus fuerzas y posibilidades

O exigirles a otros las tareas que usted sola se ha impuesto

Evite reaccionar movida por la ansiedad

Evite preocuparse por lo imposible y haga lo posible

Deje de vivir preocupada y elija una vida sobria y bien planificada.

Toda persona tiene preocupaciones, pero cuando la mujer determina involucrarse en más actividades y adquirir más compromisos que los que puede cumplir responsablemente, vive tensionada en un mundo deprimente. Cuando decide sobrecargarse, no solo pierde el enfoque sino que, además, se destruye lentamente y hiere a otros constantemente.

2. Lección en cuanto a la prioridad de la adoración sobre el servicio.

En nuestro relato de las hermanas hemos visto la importancia del servicio y la buena disposición que debemos tener para ayudar a otros. Ahora nos concentraremos en el corazón de esta lección de las hermanas y es la adoración. María había «escogido la buena parte» (**Lucas 10.42**), había descubierto que una cosa era necesaria: centrar en Cristo su total y verdadera adoración y devoción de su corazón. Esa era una prioridad más alta que el servicio y la buena parte que ella había escogido nadie podría quitársela, ni siquiera por causa de algo tan gentil o beneficioso como ayudar a Marta a preparar una comida para Jesús. **La humildad de María y su corazón obediente fue un regalo más grande para Jesús que la bien dispuesta mesa de Marta.**

Esto establece la adoración como la más alta de las prioridades para cada cristiano. Nada, ni aún el servicio rendido a Cristo, es más importante que escucharle y honrarle con nuestros corazones.

Recuerde que Jesús dijo a la mujer samaritana junto al pozo, que Dios está buscando verdaderos adoradores (**Juan 4.23**). Jesús había encontrado uno en María, no en Marta, quien entendió que la **adoración es un deber más alto que el servicio rendido en su beneficio.**

Es un peligro, aún para la gente que ama a Cristo, que lleguemos a estar tan involucrados haciendo cosas para Él que comencemos a descuidar el oírlo y recordarlo que ha hecho por nosotros. Nunca debemos permitir que nuestro servicio a Cristo sobrepase nuestra adoración a Él.

El momento en que nuestras obras llegan a ser más importantes que nuestra adoración, significa que hemos cambiado de lugar las verdaderas prioridades.

En el momento en que se alcen las buenas acciones por sobre la doctrina y la verdadera adoración, también se **estarán arruinando las obras.**



Hacer buenas obras por las obras tiende a exaltar el ego y a despreciar la obra de Dios. Buenas acciones, caridad humana y acciones de bondad son expresiones cruciales de una fe real, pero deben fluir de una verdadera confianza en la redención de Dios y su justicia. Después de todo, nuestras propias buenas obras nunca podrán ser un medio para ganarnos el favor de Dios; por eso es que en las Escrituras el foco de la fe está siempre sobre **lo que Dios ha hecho por nosotros, y nunca sobre lo que nosotros hemos hecho por Él (Romanos 10.2-4).**

Observe cualquier forma de religión donde las buenas obras son clasificadas como más importantes que la auténtica fe o la sana doctrina, y descubrirá un sistema que denigra a Cristo mientras que indebidamente se magnifica.

Marta amaba al Señor. Su fe era real, pero por descuidar las cosas necesarias y ocuparse con mera actividad, llegó a estar espiritualmente desequilibrada. Su conducta nos recuerda que un espíritu dañado de fariseísmo puede resbalar y contaminar aún los corazones de aquellos que sinceramente han adoptado a Cristo como su verdadera opción.

La dureza de Marta hacia María muestra precisamente ese tipo de desequilibrio en su propio corazón.

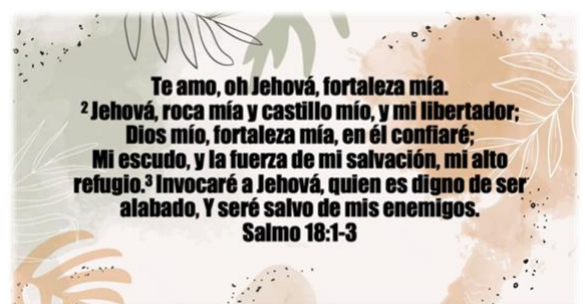
Las amables palabras de Jesús para corregir a Marta (a la vez que su comentario sobre María) ponen las prioridades una vez más en el orden apropiado. La adoración (la que se resume aquí por escuchar atentamente las enseñanzas de Jesús), es lo único necesario. El servicio a Cristo debe estar siempre subordinado a eso.

Consejos para la verdadera adoración

La Adorar a Dios es la actividad más noble, elevada e importante que el ser humano puede realizar. Fuimos creados para eso, y cuando el hombre pecó rompiendo así su relación con Dios, él envió a su propio Hijo con el fin de redimirnos para que pudiéramos ser nuevamente verdaderos adoradores. Esto es lo que Jesús quería dar a entender a la mujer cuando le dijo: **"el Padre tales adoradores busca que le adoren"**. Tan importante es el tema, que la adoración será nuestra actividad principal durante toda la eternidad. Lo podemos comprobar con frecuencia en el libro de Apocalipsis, donde todos los seres celestiales adoran a Dios sin cesar. **(Ap 4:8-11)**

- **Solo un Hijo puede amarle**

adorador es alguien que tiene una relación personal con Dios al que ama intensamente. Notemos por ejemplo cómo el rey David comenzaba el Salmo 18 expresando su amor a Dios: **"Te amo, oh Jehová"**, para inmediatamente después invocarle porque reconocía que "es digno de ser alabado" **(Sal 18:1-3)**. Como no puede ser de otra manera, es nuestro amor a Dios lo que nos lleva a adorarlo. Aunque, por supuesto, este amor es una pobre respuesta al gran amor que hemos recibido de él **(1Jn 4:10)** Por lo tanto, si la adoración no surge como una respuesta genuina de nuestro amor a Dios, todo



lo que hagamos no pasará de ser simples ritos religiosos fríos y secos, carentes de significado, y que de ninguna manera agradarán a Dios.

- **Entrega total a Él.**

El Señor nos enseñó que para amarle hay que hacerlo con todo el corazón, con toda el alma y con toda la mente (**Mt 22:37**). Así pues, la adoración genuina implica la entrega de todo lo que somos como una ofrenda de amor.

adorar a Dios implica también sumisión y obediencia. No podemos adorarlo sin haber rendido previamente nuestra voluntad ante él para servirle en todo cuanto nos manda. Ya hemos visto un buen ejemplo de esto en el pasaje de Apocalipsis antes citado, en el que en una escena celestial "**los ancianos se postran delante del que está sentado en el trono, y adoran al que vive por los siglos de los siglos, y echan sus coronas delante del trono**" (**Ap. 4:10**). El hecho de colocar sus coronas a los pies del Señor es una forma de expresar su sumisión, reconocimiento y entrega absoluta.

- **Por medio de cantico y oración**

Ahora bien, una vez que hemos señalado que la adoración surge de un corazón que ama y se entrega completamente a la voluntad de Dios, hay que decir también que le adoramos cuando nos dirigimos a él para expresarle la admiración que le profesamos. Esto lo podemos hacer principalmente por medio de la oración y también del canto.

(He 13:15) "Así que, ofrezcamos siempre a Dios, por medio de él, sacrificio de alabanza, es decir, fruto de labios que confiesen su nombre."

Por supuesto, esta admiración surge y crece en nosotros al considerar por medio de su Palabra cómo es él; su **naturaleza, sus atributos, su carácter y también sus obras**. Es entonces cuando nos rendimos a él mientras nos deleitamos en contemplar de forma reverente su gloria.

También es importante aclarar que la adoración va más allá de nuestras acciones de gracias por sus bendiciones recibidas. Debemos notar la diferencia entre adoración y acción de gracias. Porque mientras que en la acción de gracias el foco de nuestra atención está en las cosas que hemos recibido de Dios, en la adoración la atención **se centra en lo que Dios mismo es**.

Podemos pensar en una sencilla ilustración que nos puede ayudar a entenderlo mejor: Imaginemos unos novios que han quedado para verse. En un momento el chico saca un precioso anillo que le regala a su novia. Inmediatamente la muchacha mira el regalo fascinado mientras se lo pone en el dedo y le da las gracias a su novio. Pero según va pasando el tiempo, el anillo pasa a un segundo plano y toda la atención de la chica vuelve a estar puesta nuevamente en su amado, en quien no ve más que virtudes.



Y de la misma manera, nosotros también estamos maravillados de la gracia de Dios sobre nosotros y de sus muchas bendiciones, pero más importante que cualquiera de ellas, es Dios mismo, a quien admiramos y adoramos por quién es él. En este sentido el apóstol Pedro hizo un breve resumen de nuestra nueva posición en Cristo, pero no se detuvo ahí, sino que expresó

que todo esto que hemos recibido por gracia nos debe llevar a "anunciar sus virtudes" en un espíritu de auténtica adoración. **(1P 2:9) "Mas vosotros sois linaje escogido, real**

sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios para que anunciaseis las virtudes de aquel que os llamo de las tinieblas a su luz admirable."

- **Un reflejo de nuestra adoración**

Junto con nuestro tiempo de oración diario debemos dedicar tiempo también a la adoración.


En realidad, los cultos que dedicamos en la iglesia para alabar a Dios son un reflejo de lo que diariamente hacemos en la intimidad con el Señor. Si no pasamos tiempo cada día adorando a Dios, nuestros cultos serán fríos. Y no se puede hacer responsable de esto exclusivamente al pastor o al líder de alabanza.

Cada creyente debe ir preparado para adorar a Dios. Recordemos la ordenanza en el Antiguo Testamento que prohibía que ningún israelita se presentase delante del Señor con las manos vacías (**Ex 23:15**) (**Ex 34:20**). El tipo de ofrendas podían variar; había becerros, ovejas, cabras o incluso palominos. Una persona podía traer desde un animal tan grande como un becerro, hasta

uno tan pequeño como un palomino, pero de ninguna manera podía ir con las manos vacías. Y ahora en nuestro tiempo, no podemos llegar a la iglesia para ver que han preparado los líderes, descargando sobre ellos toda nuestra responsabilidad de adorar a Dios. Cada uno de nosotros debemos implicarnos en ello, y para esto es imprescindible llegar preparados desde nuestros hogares, habiendo pasado tiempo cada día de la semana en la presencia del Señor.

Cómo enfocar mis prioridades en la adoración?

- **Diario de oración y pensamientos**
- **Lista de los atributos de Dios**
- **Cuáles se han manifestado en mi vida**
- **Recordatorios en la casa**
- **Cambiar mi dialogo interno por comunión**
- **Meditación de la Palabra**
- **Notas y tarjetas con principios aprendidos**
- **Admiración de la naturaleza y creación**
- **Afradecimiento por el regalo de la vida.**
- **Dios nos provee todas las cosas.**
- **Fuimos creados para ADORAR A DIOS**



3. Lección en cuanto a la primacía de la fe sobre las obras.

A menudo, las obras religiosas tienden en forma siniestra de opacar la fe misma. Las buenas obras siempre fluyen de la fe y son los frutos de ésta. Lo que hacemos es vital, porque eso es la evidencia que nuestra fe es viva y verdadera (**Santiago 2.14- 26**). **De qué aprovechará si alguno dice que tiene fe, y no tiene obras? ¿podrá la fe salvarle?**

Pero la fe debe venir primero y es la única base viable para la verdad y la duración de las buenas obras. Todo eso está envuelto en la certeza de que las **obras no son** el instrumento de justificación; la fe lo es (**Romanos 4.4-5**) **Pero al que obra no se le cuenta el salario como gracia, sino como deuda; mas al que no obra, sino cree en aquel que justifica al impío, su fe le es contada por justicia**

Estamos muy equivocados cuando imaginamos que lo que hacemos por Cristo, es más importante que **lo que Él hace** por nosotros. Los períodos de decadencia espiritual del cristianismo, coinciden con los tiempos en que la iglesia ha perdido de vista la primacía de la fe y en su lugar ha empezado a enfatizar las obras.

Prácticamente cada desviación seria de la doctrina a lo largo de la historia de la iglesia, ha tenido esta misma tendencia en su médula —empezando con el error del judaísmo, que insistía que un Antiguo Pacto ritual (la circuncisión) era esencial para la justificación. Ellos negaban que solo la fe podía ser instrumento de justificación, y eso disminuía los fundamentos mismos del Evangelio.

El instinto humano parece decirnos que lo que nosotros hacemos, es más importante que lo que creemos. **Pero eso es falso**, es el producto de nuestra caída en el fariseísmo. Constituye un completo error en nuestra forma de pensar, sinceramente equivocada.

Nunca debemos creer que nuestras obras por Cristo son mayores que las que Él hace en nuestro beneficio. Por supuesto, un pensamiento como éste no podía nunca entrar conscientemente en la mente de Marta. Ella amaba a Cristo. Genuinamente creía en Él, aunque su fe tenía momentos de debilidad. Aún en esta ocasión, permitió que su ansiedad acerca de lo que debía hacer por Cristo abrumara su gratitud por lo que Él hacía por ella.

Es una tentación a veces estar tan involucrado en la actividad del ministerio, y olvidar que la fe y la adoración deben tener siempre la prioridad sobre el trabajo. En estos tiempos frenéticos, todos necesitamos cultivar más el espíritu adorador y oidor de María, y menos la estresante agitación de Marta.

Marta y María, además, nos recuerdan que Dios usa a todo tipo de personas. Él nos ha dotado de manera diversa por alguna razón y no debemos despreciarnos unos a otros, o mirar a los demás con desdén, solo porque tenemos diferentes temperamentos o personalidades contrastantes.

Algunos aspectos importantes de la fe que nos pueden orientar a concentrarnos en lo que él ha hecho por nosotras. (recursos cristianos que podemos adaptar a nuestra manera de vivir)

La mujer de fe confía en Dios

La mujer que confía en Dios encara la **adversidad con esperanza**. Sabe que Él tiene interés en su vida. Sabe que Él la conoce. Ella ama Sus palabras y **bebe intensamente de esa agua viva**. Se siente **agradecida y confía** en sus consejos y los **sigue**, porque sabe que al hacerlo hallará seguridad y paz. Busca en la **oración** la bondadosa y constante orientación y ayuda del Padre Celestial que la escucha. Cuando ora, presta atención para dar lugar a la **comunicación mutua**. Ella confía en que Él, en Su forma silenciosa y tranquila, la llevará de la mano y dará respuesta a sus oraciones.

La mujer de fe tiene seguridad

Porque **comprende** el plan divino de su Padre Celestial y su **función de ser una bendición** para los demás. Tiene seguridad en que cualquier **sacrificio** que haga vale algo en un **sentido eterno**.

Su confianza aumenta porque es virtuosa, delicada y cortés, lo cual es mucho mejor que ser hermosa. Sus intenciones son puras. Es amorosa, dulce y bondadosa. El corazón de su marido y el de sus hijos están en ella confiados. Tiene confianza en que está adquiriendo las cualidades que le permitirán ser invitada a estar en la presencia de su Padre Celestial, y podrá hacerlo con el conocimiento de que se sentirá enteramente a gusto allí, de que Él la conoce, la ama, la valora y la aprecia para siempre jamás.

La mujer de fe es valiente.

No teme mal alguno porque Dios está con ella. No hay incertidumbre ni trompeta que le dé sonido incierto en la vida. Puede vivir una vida de principios por motivo de que **estudia la doctrina y las enseñanzas** de un maestro perfecto: el Maestro.

Es un digno ejemplo para todos los que la conocen. No es perfecta, desde luego, y no porque no tenga principios perfectos ni el ejemplo perfecto en Cristo, sino porque es

humana. Se conserva alejada de toda cosa impura, y, si algo indebido le sale al paso, es como una leona que defiende a sus cachorros.

La valiente mujer de fe tiene el valor de hablar con sus hijos de las prácticas que los destruirían, y ellos no sólo la oyen hablar de sus cometidos, sino que los ven aplicados en su diario vivir: en la forma en que se viste, en lo que lee y en lo que ve, en el modo como pasa sus ratos libres, en lo que le gusta y la hace reír, en las personas a las que atrae y en su manera de actuar en todo tiempo, en todas las cosas y en todo lugar.

Marta fue una noble y piadosa mujer con un corazón de sierva y una extraordinaria capacidad de trabajo. María era noble también, con una inusual predisposición a la adoración y a la sabiduría. Ambas eran notables en sus propios caminos. Si nosotras pensamos en sus dones y sus comportamientos juntos, nos dan un maravilloso ejemplo a seguir.

Ojalá que nosotras cultivemos diligentemente las mejores cualidades de estas dos extraordinarias mujeres.